

EL RUMOR DEL PATIO

Antonio Martínez Ferrer

EL HOMBRE ARTISTA

Antonio Martínez i Ferrer es mi amigo: tengo el alto honor y la dignidad de ser amigo de un hombre bueno, íntegramente bueno e íntegramente íntegro. Un hombre noble, un hombre honrado, un hombre limpio. Un hombre de palabra, lo que es mucho decir pues pocos quedan ya.

...Y un hombre de lucha, en el más alto y claro de los sentidos. Un hombre comprometido con su pueblo, un luchador antifranquista, un luchador por el socialismo, la justicia y la libertad, que vivió a fondo la dura experiencia de la clandestinidad y el exilio desde los orígenes mismos del franquismo.

...Su vida, más que novelada -cosa que no necesita y que rechaza- merecería ser narrada por un historiador honesto e independiente para que sirviera de ejemplo, sobre todo a los jóvenes.

...Vive en Alzira, en La Barraca de Aguas Vivas, junto a su hermosa Antoñita, sus perros, su veintena de gatos, sus naranjos, sus plantas, su patio. Si este fuera el lugar adecuado, que no lo es, habría que hablar de su casa, que ha construido y revestido minuciosamente y obsesivamente de cerámicas artesanales, tratadas a la manera de Gaudí, en una labor del todo semejante a un sueño de artista. Que es lo que Antonio Martínez i Ferrer es por encima de todo.

...A mi Antonio me recuerda extraordinariamente al famoso cartero Cheval que construyó, noche a noche, en París, una casa que entrevió en sueños, absolutamente onírica, y que los surrealistas reivindican como uno de sus antecedentes históricos. Esta casa de Antonio en La Barraca es –y así lo quiere él- un entrañable y secreto y amoroso homenaje al admirable arquitecto catalán cuyas obras apenas conoce.

...Porque el autor de este libro no es intrínsecamente un hombre de la cultura, al menos lo que se tiene por tal en el universo intelectual. Voy a decirlo de una vez: Antonio Martínez i Ferrer es un verdadero artista naïf, igual cuando pinta o construye o alicata con frescos cerámicos su bella casa. Artista ingenuo, pero artista con todas las letras de su nombre.

...No es para nada extraño que un artista multidisciplinar como el acometiera también un día la empresa de la poesía. Todo lo que en su persona y su alma pugna por ser dicho expresado, todo eso que es mucho y muy protuberante, ha buscado las vías altas de la poesía. Y las ha encontrado.

...Raro, rarísimos ejemplo el de mi amigo Antonio. Aquí está su libro, aquí está *El rumor del patio*. Primer libro de un poeta que, más que a la literatura, obedece con rigor a la ética de la verdad, más poderosa o tan poderosa en él como la estética de la belleza.

...Antonio ha trabajado minuciosamente y obstinadamente este libro, me consta porque he tenido la alegría de observar su evolución y sus cambios, en el tiempo en que yo también viví en Alzira. Y no espera recompensas.

...¿Por qué he de esperar el beso? –se pregunta el artista Antonio- ¿Por qué, si no hago mas que lo que debo y de la mejor manera posible? Es su deber, su elevado deber con el hombre y los hombres, no solo los de su patio de vecindad.

...*Amargo es el frío de la noche*, dices y lo dices artísticamente bien, porque tú frío es, además de frío, sustantivamente amargo. Y en otro poema dices: *Ya comienzo a sentir el rumor del patio*, el rumor sagrado de tu gente y la gente de tu clase, tu clase obrera y marginada. Y prosigues: *Me perdí entre todas las lenguas / de un hermoso paisaje de multitudes*. La Humanidad, tú lo sabes mejor que nadie.

...Y lo sabrá el lector de tu libro, que es también, como aquel Gaudí, el destinatario de tu secreto homenaje de luchador valeroso, veraz y honesto.

...Estoy encantado de acompañar en su hazaña (del verbo hacer) literaria a mi amigo Antonio Martínez i Ferrer, a quien extraño.

José Viñals

Lee con los ojos
de la esperanza,
sentado,
en la voz de todas las libertades.

A mi familia que soportó y sufrió
la angustia de las esperas y el miedo,
en mi lucha contra
la dictadura franquista

A todos los luchadores
por el Socialismo y la Libertad
y en particular a mi padre,
Antonio Martínez García.

Estoy en los caminos,
los vientos en color duermen sin sueños.

La inquietud de rompientes, de sal oscura,
se agitan
entre los pasos ignorados
de pueblos sin destino.

Un silbido de desiertos,
un silencio con palabras
de pasados ausentes.

Sendas sin nombre
olvidadas de huellas.

¿Por qué he de esperar el beso?

De las pasajeras voces,
del vuelo de una paloma,
en el piso de abajo se han quedado
sin vecinos de alas blancas.

La inquietud del portero,
arrastra unas llaves de silencio.

Pretende contarme palabras del tercero;
le digo,
con la voz de una mañana extraña,
que no estoy.

Pero el perro, testigo de todas las sombras,
me grita cantos de otras farolas.

Me he quedado dormido
en la mitad de una mirada,
en un beso de lluvia
viajé a lo imposible;
de pronto comenzó el fuego.

Me aparté del todo
y comí el viento caliente.

Seguí caminando con pasos de vuelo,
dejando que la razón
me divirtiese sin sonrisas.

No deseo para nada el viento en la vela.

Para el viaje imposible
ningún salvoconducto
ni razón importan.

No persigo pensamientos que,
trascendiendo por los olores
petrificados de la existencia,
vayan a alguna parte.

Los vacíos de atrás y delante ríen cautivos
de su propia agonía.

En su furia sin voces
me han puesto por camisa un azote.

¡Que más da!,
mañana no habrá voz de luz.

Pero el amor se seguirá agarrando
a todos los diccionarios,
insultará la viudedad de las verdades
y pasará los ojos de los puentes,
remando, con las llagas del dolor sin nombre.

Estoy entre los gritos de los sin tierra,
mientras, los de la casa grande
sueñan más caminos.

Aquél que grita voces de tripa sin sabores
no ríe,
amargo es el frío de las noches.

La mano pequeña se alza sin lápiz,
en el arroyo
nadie encuentra su huella
¡es tan pequeña!,
o acaso cruza con pasos de viento.

No sabe de la leche,
ni en el polvo de las sobras pudo soñar.

De los cinco dedos de sus pies,
ninguno nos podrá hablar de rozaduras,
¡viven cautivos!,
en el vientre del frío.

Aquella esquina sucia, con olor a colas
me está contando historias.

He de irme a recoger las sombras de un olvido.

Se cuenta que es hijo de no sé quién,
pero él anda emparentado
entre los gritos
de los automóviles.

El otro,
está hermanado en el barro africano,
bebe noches sin mañana
le llaman hambre
y esconde soledades
que los libros ignoran.

Me he cruzado con un recuerdo sonoro
de plomo de muerte,
sé que tenía nombre
y que alcanzó su destino.

Pero el padre que lloraba no supo indicarme
en dónde quedó la llaga.

En las sombras, el asesino
rezaba odios.

Acompañado del fuego
saltó a la calle
y todas las esquinas
olvidaron
las voces del hijo.

El libro de los libros decía:

el muerto era un salvaje,
pero fue descubierto por el color rojo
de los abecedarios.

Ya estoy en las ilusiones perdidas
los ojos de leer se han marchado
al universo de la confusión.

¡Oye amigo! necesito tu mano para cruzar la risa,
disimula para que no insulte
debemos gritar la rabia.

¡Disimula, amigo, la risa!.

He bajado la escalera
para buscar al vecino de las limpiezas;
no estaba, salió.

La voz que no huele me ha dicho que no busque,
que el limpiador de heridas fue a las Bahamas.

He recordado los días de esconder las ideas;
correr las sombras era hermoso.

Las manos blancas de letras
se agotaban en el grito de todos los verbos.

Estuve con hombres que gritaban
en todos los silencios,
corrían en todas las oscuridades,
juntos sin nombre,
sin rostro,
las manos con las manos;
el aliento entonaba canciones de libertad y miedo.

En el andén estaba acurrucado sin alma
asustado ante la ausencia.

El pájaro de los golpes
estaba esperando sobre la salida, vestido de verde
entre el terror y el horizonte.

Me llamé hacia adentro, debía volar
alto, muy alto sin pies de tierra,
debía volar, volar,
me vestí de silencios y pasé al patio
de los infinitos.

En los andenes del grito
me confundí, disfrazado de nadas.

¡Qué burlado quedó el destino
que me tenía otros planes anunciados!

Entre los caminos de la huida
me perdí, me ignoré a mí mismo,
siete veces me negué y otras tantas me mentí.

De la sombra protectora, el recuerdo
se queda fundido en el sueño.

La luz de un reposo, el abrazo del amigo,
otra ventana se abre al paisaje.

Del amor no deseo huir
que más da si reposo un momento,
los ojos recogen los vientos viejos,
pero se sienten ausentes, un instante,
ante el acoso de las lágrimas.

El paisaje sigue triste.

La llama sigue comiendo el árbol.

De nuevo el grito canta sin sueño.

La perversidad de los amos
alimenta la trágica noria de la sangre.

¡Madre,
tengo
miedo!

El silbido del fuego canta su aria,
los vientos bailan aterrados,
todas las esquinas son ausentes,
nadie advierte a la vida.

El del cuarto pide trabajo,
se acompaña del vecino mudo
y como pasan inadvertidos,
al regreso son insultados
por el hermano y el hijo.

De la mesa arrugada de vacíos
el poeta no habla,
el hambre le perdió los tonos.

Para qué se inventaron las digestiones
si no quedaban entradas en la taquilla del pan.

Se quedó quieto, sentado
en el banco de los pensamientos,
el mismo de las esperas.

Creo que fue utilizado una vez
por el guardia de la esquina.

Miró la luz de poniente y abrió el libro
por la página ciento doce.

El Señor X estaba en una fiesta
y conoció a la Señora. P.
le cedió la silla y ella le sonrió, ruborizada.

De nuevo me encontré
con el vecino del primero,
el saludo se perdió en el aire
y comprendí su rabia.

Se le escapaba la vida del alma
entre los tabiques.

Las páginas de las soledades
se escribieron para él.

Desconoce si fue el guardia del banco,
o fue cualquier vecino vestido con el mismo fuego.

Del hijo perdido en la corrida
por una avispa de plomo y odio,
un cartón en la cómoda, con una imagen
desgastada por los besos,
es la única luz de sus extraños días.

En aquel paseo
me pisó la sombra del templo,
la enorme huella me aplastaba en la huida,
la larga cadena de promesas vacías
y de oscuras verdades me aprisionaba,
su copa, de tóxicas intenciones, recorría
los laberintos del pensamiento.

Me quedé inmóvil, el vecino del sexto
lloraba desconsolado,
agarrado a las frías piedras
mordía, con dientes de lágrima,
la cruz de las promesas.

Con sus manos de dolor se agarraba
a los hierros de fuego donde torturaban al hijo;
mientras, Dios rondaba los mármoles
de la casa del amo.

En las ramas bailaban las frescas gotas de agua,
se abrazaban los pinos
y se susurraban mañanas de amor.

El rosal también existía,
los abetos, los castaños
hasta los naranjos tenían
presencia en los olores.

En el horizonte se presentía un mundo
posible, junto al llanto
se escuchaba la risa,
junto a la oscuridad, la luz.

En la cabalgata de la muerte negra
el santo oficio, dolarizado,
guardaba las esquinas.

Salió el hombre a los espacios vacíos
y pretendió guiar su vida imposible,
la atadura del hambre le inmovilizó.

De nada sirvieron los ruegos...

En las tierras del frío hubo un tiempo
en que
se repartieron
los dolores y las hambrunas.

Al siguiente día
cuando el dolor y el hambre
no existían en los diccionarios,
cuando el harapo
se convirtió en piel de marta,
renació el monstruo.

Se despertó la sangre,
y la bestia
saltó al patio de la reunión del hombre.

En la confusión de los olores y las sombras
el mejor amigo de la rebeldía
es el árbol grande.

Al tiro asesino, todas las manos para pararlo.

Los pies de un millón de corazones
navegando en mil batallas
para vencerlo.

Es tanto lo que te amo que, sentado
en los laberintos de lo imposible,
camino en los perfumes livianos de tus recuerdos.

Por las muchas ausencias
amenacé los destinos de mi sangre,
pero el estrecho afán
de tus alas vigilantes fueron
tupidos cielos protectores.

La sangre siguió existiendo.

El destino fue posible.

Sobre los restos del mar
caminan los escasos impulsos,
los náufragos gritan, pero las tablas salvadoras
son huidizas.

Los horizontes son pinceladas,
sé que existen los colores del límite,
he de clavar mis dedos en su textura de sueño.

Las manos que están perdidas
se encuentran, en los efímeros destinos
del coral de nuestras entrañas.

¿Nacerán los metálicos tonos
del deseo de triunfo?

Los hijos de los hijos caminarán en la luz
cuando el amo sea olvidado.

Me han contado las voces de las desgracias
que de nuevo la parca es.

Yace en la cama del poderoso
y los criados, del otro lado,
doblegan sus miserables espaldas
para el beso del barro.

Ni los del suave color;
ni los del frío amanecen.

Se han perdido
en la oscuridad de la rapiña.

De nuevo el grito que camina
por las alturas,
el que besa las nieves,
ha vuelto a las páginas del libro.

Los chacales del norte andan sueltos
¿sabes?, he avisado al vecino del quinto,
él avisó al portero.

Ya comienzo a sentir el rumor del patio.

Qué apresurada es la voz;
cuando grita esperanza
se llenan los caminos de pasos
en dirección a la batalla.

Un aliento de tormentas
se arrastra por las playas de asfalto;
las luces engañosas se llenan
de niebla, para este ciudadano el oro
se ha vuelto invisible.

Los muros del fuego se evaporan
dentro de los decretos.

El niño se ha puesto a cantar con voz
de geografías verdes.

Los caballos del tiovivo
corrían por dentro de sus risas.

Alguien puso en mis ojos las lágrimas
del recuerdo.

Dentro de mis soledades,
los dientes sin boca de las ausencias,
me comían las voluntades.

De nuevo el paso en la senda;
seguir, en la batalla, seguir, seguir.

En la mano sin dedos
podían pasear los muros;
las paredes olvidaron las ventanas
en sus inconfesables cuerpos
de sentimientos de cárcel.

El corazón de la puerta
no supo de los caminos,
sus pasos eran de entrada
sin dirección de salida.

Huellas de las pisadas de ayer
que marcan con voz de fuego.

En la mañana,
al camino, a edificar patios.

Gritaban los ausentes del miedo
y mordía un parado
un sueño de pan.

De los deseos sin destino
sólo una esquila de seda han encontrado
esperando al autobús de los vencidos.

Todos las batallas perdidas se archivan
en las arrugas del sufrimiento.

Con los aceros de las lágrimas
formamos escuadrones de esperanza.

En esta plaza los tiempos sueñan
momentos de eternidades,
preñados con tormentas de victoria.

Los días están llenos de todos los deseos,

en las banderas del pueblo,
alas.

Sabes, el pobre siempre tiene razón,
me contó un verso
que había perdido a su poeta.

¿Sería el dolor de la orfandad?

¿Sería una estupidez lírica?

Cuéntaselo al sainete de las tripas
en los atardeceres del hambre.

De nuevo el patio conoció todas las huellas.

En las nuevas multitudes
estaban los del primero, el quinto
y hasta los de la casa de enfrente.

Un millón de colores conté
sobre un millón de miradas.

Me perdí entre todas las lenguas
de un hermoso paisaje de multitudes.

Todos los pensamientos
pernoctando dentro de un solo grito.

Gritas verdad
¡otro mundo es posible!

En el siguiente paso
se ahogó la palabra,
la mordedura de la fiera
estuvo en el sueño del justo.

De nuevo el viento
se escondió en los olvidos.

La mirada de los primeros días
se volvió vieja,
la sonrisa escribió una epístola
de muros violados.

Los caminos del hombre
son historia en el alma de las cadenas.

De sangre es el grito
del mil veces humillado por la bota.

La fiera amaneció hambrienta,
de sus manos sin corazón
despertaron los tiros.

La sangre, que no conoce caminos,
se perdió en los olvidos sin nombre,
sin resplandores,
sin amaneceres.

En la turbulencia de la fiesta de los malditos,
el hambre y el grito de la tortura,
sonaban al ritmo
de las pisadas de fuego,
en los cuarteles.

Todos hambrientos
de carne – pueblo.

Me ha despertado un sueño.

El pueblo está en la calle.

Los pies, descalzos,
vuelan por las aceras de la luz.

Pintan el horizonte
con sus gastados cuerpos.

El color se restituye, la risa amanece,
el niño ha encontrado los juegos.

Las madres reposan
en los ojos de ventanas blancas.

Sentí, en los caminos del retorno,
las palabras perdidas
de otros amaneceres.

Los colores, parientes del recuerdo,
se vestían de todas las emociones.

En el dintel de las puertas
esperaban todas las manos amigas.

Puertas,
puertas tras todas las puertas;
manos,
manos sobre todas las manos.

Estoy en los sueños de la ira
muriendo en el alma de una gota de sangre.

Desnudo de mañanas, en las últimas soledades,
me ahogo en el grito de las ausencias.

¡Qué solo me encuentro
en la mesa de los dolores!

El amigo está preso en sus propios olvidos,
sin luz, perdido entre los recuerdos.

Nada existe hoy que no produzca miedos.

Nada queda para luego, salvo lágrimas.

El plato de la mañana es oscuro,
el de mediodía me arranca las tripas,
el de la noche me alimenta de horrores.

En la otra calle
los aceros de la muerte apuntan
a la cabeza del niño.

De todos los niños.

La mano de fuego consuela a la madre,
mientras
la tierra muerde sus tiernas carnes.

El viajero de la muerte, del otro lado, ríe.

La mano que aplaude reza palabras de alambre,
los dedos empalizados secuestran pueblos,
regalando hambre, sembrando ruinas,
robando destinos, naciones y nombres.

¡Ay Israel!, ¿en qué templo has rezado,
que sales con las sandalias de la muerte?

¡Ay Israel!, que corres ciego hacia la nada.

El fuego trae el fuego,
la sangre, la sangre;
te llegarán los besos de los hijos del odio
envueltos con los recuerdos del terror.

¡Ay Israel!, ¿por qué te precipitas
a los brazos de todas las muertes?

El terror estalló en el viento.

El grito de la desesperación
se tornó locura
y vestido de fuego
invadió el patio del poderoso.

La vida, abrazada a la muerte,
mordió al inocente
con dientes de sangre y metralla.

En la cansada tierra
quedaron unidos,
en las eternidades del llanto.

De nuevo en los caminos,
los vientos de color duermen sin sueños

La inquietud de rompientes, de sal oscura,
se agita
entre los pasos ignorados,
de los pueblos sin destino.

Un silbido de desiertos,
un silencio con palabras
de pasados ausentes.

Sendas sin nombre
olvidadas de huellas.

¿Por qué hemos de esperar el beso?

